

Crónica de una búsqueda. Identidad y tiempo en *Austerlitz*

Patricio Daniel Mainero
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

El objetivo de este trabajo es articular a partir de la novela *Austerlitz*, de W.G. Sebald los ejes argumentativo y temporal. Se plantea la idea de la identidad como constructo artificial cimentado sobre la base de recuerdos, los cuales son entrelazados a partir de recursos literarios tales como la fotografía y el discurso libre indirecto.

Palabras claves

W.G. Sebald – Austerlitz – Modernidad – Identidad – Recuerdo

El tiempo, eso dijo Austerlitz en el observatorio de Greenwich, era con gran diferencia la más artificial de todas nuestras invenciones y, al estar vinculada a planetas que giraban sobre su eje, no menos arbitraria de lo que sería, por ejemplo, un cálculo que partiera del crecimiento de los árboles o de lo que tarda en desintegrarse una piedra caliza, prescindiendo de que el día solar por el que nos regimos no es una medida exacta, por lo que, para calcular el tiempo, tuvimos que idear un sol semiimaginario, cuya velocidad de movimiento no varía y que en su órbita no se inclina hacia el Ecuador. Si Newton pensaba, dijo Austerlitz señalando por la ventana hacia abajo, a la curva de agua, deslumbrante al último reflejo del día, que rodea la llamada isla de los Perros, si Newton creía realmente que el tiempo es como un río como el Támesis, ¿dónde estaba el nacimiento y en qué mar desembocaba finalmente?

W.G. Sebald. *Austerlitz* (2001)

La Historia de Jacques Austerlitz, como la de otros tantos sujetos anónimos que pululan por la urbe, es el corolario de una búsqueda. Como aquel personaje de *Everything is illuminated* (película basada en el libro de Jonathan Safran Foer y protagonizada por Elijah Wood), su equivalente sebaldiano se sumerge en los cimientos del recuerdo, la historia del horror, los estigmas aun presentes de un pasado.

La experiencia post guerra actúa como un detonante argumentativo en la novela de Sebald: Alemania, el idioma alemán, es lo inaccesible, lo reprimido, la defensa del recuerdo ante el trauma. Las secuelas del nazismo actúan de manera inconsciente en Austerlitz al borrar los contornos del pasado y por consiguiente, los rastros de la conformación identitaria del personaje.

Para Austerlitz, la memoria es el ideograma de la temporalidad per se. Y es esta temporalidad la que nominaliza a través de la identidad, como objetividad inasible. No es posible, por tanto, nombrar lo innombrable, otorgar un carácter arbitrario, mesurizar lo inmensurable. Es a partir de la base epistemológica de la modernidad que se construye la

discursividad en Austerlitz, una discursividad concebida en la contradicción, en la posibilidad, la factibilidad del imposible.

La memoria reside en el artilugio sensorio-temporal, el múltiple discurso articulado en la artificialidad del tiempo, la tangibilidad arquitectónica que intenta reconstruir las huellas de un pasado derruido y los recuerdos fragmentados de una individualidad que deviene en incertidumbre identitaria.

La imagen sebaldiana del tiempo perdido, articulado en el recuerdo como un remanente de la destrucción, como huella indeleble del siglo XX, es la cara negativa de la negación. Tal como el filósofo francés Alan Badiou refiere, esta cara negativa de la negación (tributaria del pensamiento adorniano) es la destrucción, signada por la pasión de lo real; es así como el siglo XX hace historia de sí mismo, un siglo signado por las catástrofes que vinieron de la mano de los regímenes totalitarios, ese es el siglo que hereda Austerlitz.

Un siglo que, como el mismo personaje de Sebald, posee una identidad desmembrada. Un siglo que en la imposibilidad de dar cuenta del horror, solo puede callar o en su defecto, recurrir a una semiosis que le es insuficiente.

Aquí es donde se advierte el faraónico proyecto de la novela sebaldiana: la palabra posterior a Auschwitz que tanto estremecía a Adorno. La palabra que se vuelve contra sí misma en autores como Paul Celan o Samuel Beckett.

Austerlitz es la figuración de una pérdida irrecuperable, la del tiempo y su espacio. Solo le resta el consuelo de lo eterno e inalienable, la idea detrás del monumento, la inalterabilidad de la piedra. Austerlitz se torna un arqueólogo del recuerdo, confinado a vivir un presente que no es del todo presente y un pasado que no es del todo pasado. Austerlitz forma parte de un enigma que la misma búsqueda a través del tiempo y sus representaciones quiere desentrañar.

Ser un hombre de su tiempo es para Austerlitz, por tanto, una contradicción ontológica: es una cuenta vacía, una deuda del ser que transmuta en un *zeitgeist* dislocado. La incertidumbre que provee esta falta de identidad redundante en la creencia mítica de un nacimiento artificioso del tiempo, un punto de partida para el individuo, en consecuencia, trata de dar substancia a un cuestionamiento ontológico inasible.

Otro eje de la cuestión es la implicancia de la concepción de tiempo como movilidad, proveedor de cambios. Dentro de esta lógica se entabla una batalla ante la imposibilidad de detener el tiempo, y la ilusión de Austerlitz de escapar a su poder, de no ceder ante su influjo, siendo un individuo trascendente de las fronteras temporales, una superación de la dicotomía pasado/presente ante el borramiento de los límites temporales. Austerlitz sugiere en el episodio del observatorio de Greenwich la posibilidad de múltiples temporalidades que convivan en un mismo espacio, lo cual trae aparejado la creación de un continuum asociado a la miseria permanente y el dolor que no cesa.

El reloj a partir de la visión de Austerlitz se convierte en el arquetipo de una convención, artificiosa en su inmanencia. Es el reloj que se instaura bajo una lógica modernista, lógica distante, extinguida bajo los fuegos del pasado. No es de extrañar, entonces, la abundancia de pasajes de extrema melancolía, de nostálgicos recuerdos hacia lo remoto e inalcanzable.

El recuerdo actúa desde la lógica de la cosificación, es la materialización misma de la esencia del tiempo. Es tratar de conservar inamovible un algo que ya cambió de lugar. El artilugio de la lengua, de diversas capas discursivas, aflora en esta dedicación de Sebald por enarbolar una teoría crítica acerca del tiempo y sus efectos, como se puede ejemplificar en el uso del discurso libre indirecto y el empleo de fotografías como sustento adicional de lo escrito.

La falta de conocimiento, el olvido, la recapitulación del recuerdo y el posterior reconocimiento que redefine las construcciones mentales acerca de la identidad son los ejes sistemáticos para definir la consecución argumentativa que delinea los pasos detrás de Austerlitz.

En primer lugar existe una falta de conocimiento, un lugar vacío que se reconoce como vaciado. Este desconocer implica perder de vista los avatares que de la historia y como esta repercute sobre los individuos actuantes, por lo tanto, Austerlitz es una subjetividad pasiva a partir de esta carencia de saberes respecto a su propia historicidad.

El mecanismo actuante en consecuencia, o mejor dicho, causante de este desconocer es el olvido. El olvido en Sebald es una figura que representa el trauma en el ser, es un corte de lleno en la cronologización identitaria. Olvido que actúa como factor desencadenante del desconocimiento. Olvido como forma de repensar la situación del sujeto en el tiempo, y su forma de actuar en el espacio, lo cual en Austerlitz es imposible de desasir esa tendencia fantasmal a vivir en un pasado/presente cronológicamente desconfigurado.

Sin embargo, el trauma aflora tanto a nivel subconsciente como a nivel consciente. El motor del quiebre traumático en este caso es el recuerdo. El recuerdo en Austerlitz repercute como un proceso de significantización de la experiencia vivida. Es el intento de dar un orden semiótico a los hechos inconexos que configuraron su vivir. Por lo tanto, es sumamente relevante que el despertar de la memoria en Austerlitz, el quiebre del trauma esté signado por el re-descubrimiento de su idioma natal, a través del episodio de la ardilla.

Este re-descubrir implica un re-conocer. El camino hacia la identidad se torna un camino hacia el re-conocimiento. Esta readquisición de saberes está signada por la labor documental con que Austerlitz inviste su búsqueda. Es importante aquí todo el episodio de Theresienstadt, el encuentro con Vera y los nuevos conocimientos acerca de sus padres. Este redescubrimiento impone un nuevo posicionamiento de Austerlitz ante la temporalidad de su existir, implica develar el inicio de su genealogía como punto de partida identitario, o dicho de otro modo, la caída del carácter mítico de la creación artificial del tiempo para Austerlitz.

Aún así, con la caída del misterio acerca de los orígenes de Austerlitz, no se logra resolver la tensión que existe sobre la contradicción discursiva y el recuerdo apreciativo del propio ser. Austerlitz vive y recuerda a partir de un eje traumático, en donde la vida es y no es al mismo tiempo, Austerlitz recuerda su pasado en Andromeda Lodge, recuerda sus vivencias con sus tutores en Inglaterra, pero a su vez, este recuerdo no logra superar la instancia del trauma, que desdibuja los hechos vividos e impiden que se constituyan en coherencia identitaria. Es necesario ir un paso más allá, dotar de sentido a la búsqueda, un sentido de coherencia histórico, de su propia historia. Por lo tanto, podemos concluir que el reconocimiento en este caso, el de Austerlitz, es parcializado, lo cual explica el final abierto para este personaje: la continuidad de la búsqueda por la identidad.

Quizás la clave de la temporalidad para Austerlitz esté en la misma redefinición del concepto de tiempo, una nueva articulación que permita ser cimiento de una identidad construida sobre la base de experiencias, memoria y supuestos, apiladas unas sobre otras, sin la necesidad de una coherencia argumental pautada por la artificialidad del tiempo.

Las palabras de Lemoine, el bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Francia, cierran el corolario de la peripecia argumental enarbolada como la máxima herencia literaria de W.G. Sebald y su disquisición acerca del tiempo:

A veces, dijo Lemoine, dijo Austerlitz, le parecía sentir allí arriba la corriente del tiempo en torno a su frente y sus sienas, pero probablemente, añadió, sólo era un reflejo de la conciencia que se ha formado en mi cabeza de las diversas capas que ahí abajo, sobre el suelo de la ciudad, se han ido superponiendo.